

Veinticinco años

PEDRO JOSE MARTINEZ I.

Como es bien sabido, no hay una definición de democracia, sino mil. Cada quien la entiende a su modo, según los intereses y prejuicios que tenga en relación con ella. Poder para las masas, participación popular en las decisiones, gobierno de la mayoría, representación proporcional de las minorías, libre expresión del pensamiento, normas jurídicas derivadas de un órgano legislador representativo, libertad para organizarse políticamente, sufragio universal, pluralismo, formas no represivas de control. Estas y muchas otras características, combinadas de una u otra forma, aparecen en las variadas versiones usuales de la democracia. Las posibilidades de acuerdo unánime en esta materia son nulas.

Sin embargo, casi todos los Estados contemporáneos se autocalifican como democráticos. Aun entre las pocas monarquías que restan todavía, una que otra se ufana de ser no sólo constitucional, sino además democrática, por más que hasta la mera expresión *democracia monárquica*, o *monarquía democrática*, suene algo confusa. Por su lado, las dictaduras más férreas que el mundo conoce son, en muchos casos, las que mayor énfasis ponen en presentarse como democráticas, mientras más persiguen a los disidentes, amañan elecciones, cierran periódicos, ilegalizan partidos de oposición y violan los derechos individuales.

PERO, ¿HAY DEMOCRACIA?

Este panorama de diversidad, y también de hipocresía, induce a preguntarse no sólo cuál de tantas versiones de la democracia es la más aceptable, ni cuál de todas ellas es invocada con más frecuencia, sino, sobre todo, si existe alguna forma de democracia. Si tras tanta retórica habrá algún gobierno en el mundo que, sea auténticamente democrático, aunque sea según la más escuálida y raquítica de las definiciones posibles.

Llevando el asunto a Venezuela, es oportuno recordar que así como la definición de democracia no es una, sino múltiple, del mismo modo este año no

es uno, sino muchos. Es el del bicentenario del Libertador, el del centenario de Marx, el de la inauguración del Metro, el de los Juegos Panamericanos y el de las elecciones.

También es el año de los veinticinco años de democracia; al menos, de la democracia que comenzó el 23 de enero de 1958. Y posiblemente el sentido de todo lo demás —Bolívar, Marx, los Panamericanos, etc.—, dependa del sentido que sea otorgado a este régimen que disfrutamos o padecemos, y al cual se califica de democrático, a veces sin darse cuenta cabal de lo que ello significa.

Al pensar sobre todas estas cosas de una cierta manera, es factible llegar a la conclusión de que la democracia, en la Venezuela de hoy, es un sueño ilusorio y mitológico. También es una imposibilidad. Y también es algo sin lo cual es imposible vivir. En esa triple dimensión, como democracia imaginaria, imposible e imprescindible, es como la enfocan estas páginas.

DEMOCRACIA IMAGINARIA

La democracia en nuestro país es un verdadero amasijo de ilusiones y de sueños, algunos de los cuales tienen que ver con el pasado, otros con el futuro y otros con el presente. Desde luego, se trata siempre de pasados ficticios, futuros utópicos y presentes fantasmales.

“La democracia: un anhelo cultivado por el pueblo desde la conquista española”. Esto lo aprende el venezolano a través de los cuentos de sus abuelas, las nociones de la Historia que le dan sus libros de primera enseñanza y los discursos conmemorativos que la pantalla televisiva lo fuerza a escuchar como interminable aguacero, los días de fiesta nacional. Así, aprende cuáles son los hitos en ese largo camino que se remonta a los días cuando Guaicaipuro cayó luchando por la libertad de su gente, bajo el acero español. El Negro Miguel, Juan Francisco de León, José Leonardo Chirinos, Gual y España, Miranda, Bolívar, Zamora, los estudiantes de 1928, la gloriosa Revolución de Octubre de 1945 (ésta entra en la lista, o no, de

acuerdo con la afiliación política del autor del libro de historia, o el discurso de orden), los héroes de la clandestinidad, la Junta Patriótica de 1957, hasta llegar a las anónimas colas de votantes que desde 1958 y cada cinco años, encarnan esa aspiración de siglos convertida en realidad.

Pero, ¿cuál realidad? y ¿cuál aspiración? ¿Es que verdaderamente esas masas, traídas y llevadas por sus líderes, querían algo? Y dejando de lado el crucial punto de si existe el tan sobado anhelo secular de libertad y democracia, ¿es en las instituciones actuales en donde se halla el logro de lo que se perseguía? ¿Era esto que tenemos aquello a lo que el pueblo había aspirado sempiternamente? Todas estas preguntas adquieren contornos más definidos cuando se comunica el sueño del pasado con los sueños del presente.

En efecto, la democracia del presente es un bello sueño para sus defensores y una espantosa pesadilla para sus detractores. Según los fabricantes oficiales del mito democrático vivimos hoy en un paraíso, donde se disfruta del mejor de los mundos posibles: voto, libertad de expresión, igualdad social, garantías individuales. Para los antidemócratas, que cocinan su resentimiento esperando al golpe militar —ése sí es su sueño dorado— que venga a acabar de una vez con la pesadilla actual, ésta tiene los caracteres más horribles: la pérdida del respeto (en los términos exactos de ellos, la chusma alzada contra sus superiores naturales), la inseguridad personal, la partidocracia, la ineficacia politiquera. Pero para el que está al margen de los mitos —o al menos vive sus mitos en un terreno diferente al del régimen político— es bien difícil percibir el paraíso de los hiperdemócratas, ni el informe de los golpistas.

La última variante está constituida por los que colocan su ensoñación en el futuro. Lo que hay, según ellos, es detestable, pero no por eso hay que destruirlo con salidas absurdas como el golpe militar. Lo que se impone es transformar al presente, llevándolo a la perfección. En esta época electoral abun-

dan las versiones de esa perfección que nos espera: la democracia socialista, la democracia social, la democracia milagrosa que va a surgir de las infinitas cualidades personales del Dr. Caldera, la democracia por la base que nos van a dar los propulsores del movimiento comunitario, y hasta la democracia ecológica que llegará el día en que Venezuela esté gobernada por los amigos de la naturaleza.

Estamos, pues, enredados en las mallas de una telaraña de sueños referidos al pasado, al presente y al futuro. Cabe preguntarse por qué tanto sueño y tan poca realidad. La respuesta es obvia: porque la democracia es imposible. Pero, por supuesto, no se puede decir eso sin acompañarlo de una explicación.

DEMOCRACIA IMPOSIBLE

¿Hay democracias en el mundo? Ya se sabe que en los aterradores países del bloque oriental, o soviético, o socialista real, no hay democracia. Pero también es sabido que en los aterradores países del bloque occidental, o mundo "libre", o capitalista amante de los reales, tampoco la hay.

En el bloque oriental se pregona una democracia socialista que pretende sustentarse en dos instituciones que son otras tantas máscaras: el centralismo democrático y el gobierno mediante asambleas populares —los soviets— que en sucesivos niveles jerárquicos deberían representar a toda la colectividad. Sería el auténtico gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, si no fuera por la mediatización de los organismos populares por el partido, que los convierte en títeres de una dictadura férrea. Y si no fuera por el dominio ejercido por la élite burocrática, la represión de todo pensamiento autónomo, la tortura, la reclusión de los disidentes en manicomios y la dominación militar de los satélites, desde Polonia hasta Afganistán.

En el bloque occidental se pregona una democracia capitalista que pretende sustentarse en dos instituciones que son otras tantas máscaras: el Estado de Derecho y la libertad económica. Sería el auténtico gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, si no fuera por la estupidización sistemática de las masas llevada a cabo por los medios de comunicación social controlados por la libre empresa. Y si no fuera por los mecanismos represivos, disuasivos y metamorfoseantes destinados a reducir a la impotencia a todo disidente. Y si no fuera por la dominación militar de los

satélites, desde El Salvador hasta Suráfrica, pasando por las Islas Malvinas (o tal vez sea mejor decir Falkland). Claro, aquí cabrían salvedades: no todos los surafricanos, sino sólo los negros, son tratados antidemocráticamente; no toda expresión del pensamiento es reprimida y ahogada hasta volverla nula o inofensiva, sino sólo las que molestan; no todos los salvadoreños, sino sólo los opositores al régimen, son aplastados mediante el poder de la Gran Nación del Norte, el país más democrático del mundo, según dicen.

Con respecto a esto caben opiniones, naturalmente. Carlos Rangel y Sofía Imber seguramente dirían que, pese a todo, ellos prefieren el "mundo libre". Radamés Larrazábal dirá que él se queda con el lado soviético. Al fin y al cabo cada cual se queda con lo que más le gusta, pero lo importante es otra cosa.

Con frecuencia se dice que la democracia es el menos malo de los regímenes posibles. Pues bien, si no hay democracia en ninguna parte del mundo, entonces, dicho coloquialmente: "¿para dónde cogemos?"

No faltará quien diga: "Bueno, tal vez la democracia sea imposible en las grandes potencias, porque su propia dinámica las arrastra, pero en otros países a lo mejor no sólo es posible, sino real y efectiva. ¿Qué hay de Suiza, o de Francia? ¿Y qué de Venezuela?"

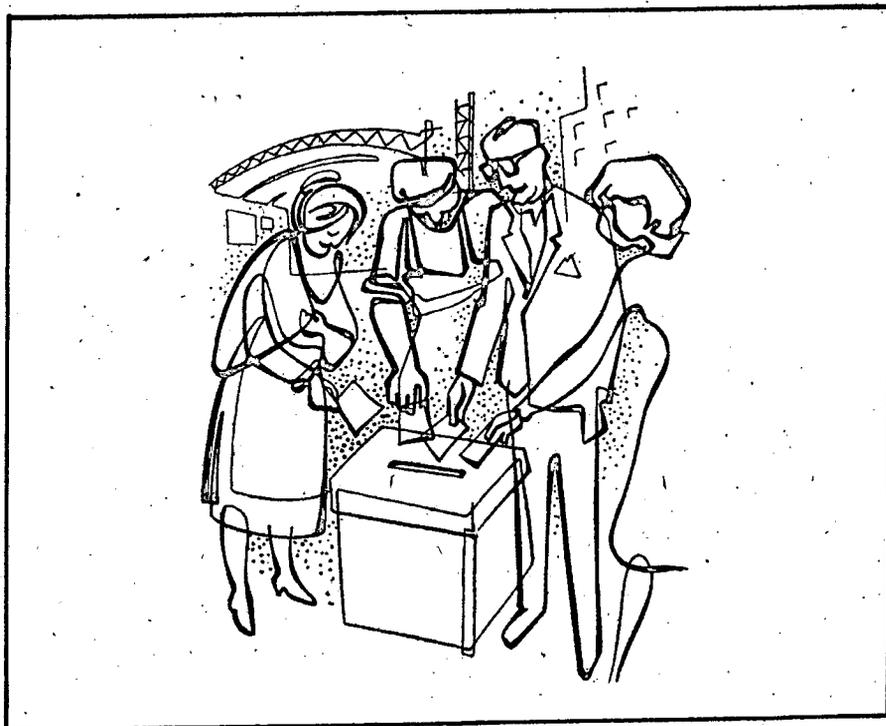
Para soñar con esto es preciso creer en un mundo en el cual las potencias dejen de ser tales, para volverse impoten-

cias. El tercermundismo radical es algo desmentido por la historia de las liberaciones nacionales. Indefectiblemente, luego de algunas oscilaciones, caen para un lado (Cuba, Corea del Norte, Vietnam) o para el otro (Indonesia, Corea del Sur, Egipto), pero nadie se salva de la adscripción a bloques. Y menos que nadie, Venezuela.

Pero todavía podría contraargumentarse: "Una cosa es la política de bloques y otra la democracia. Aun en el supuesto negado de que sea preciso girar en la órbita de una potencia, ello puede ocurrir con un gobierno democrático". Para responder a tal objeción es conveniente añadir, al carácter imposible de la democracia, el carácter de imprescindible, por más que esto parezca la paradoja de las paradojas.

DEMOCRACIA IMPRESCINDIBLE

Todos recordamos a 1984, la novela de George Orwell que, en 1949, ubicaba teinta y cinco años más tarde a un mundo en el cual todos seríamos felices por la fuerza, gracias a un régimen que nos vigilaría a toda hora, controlando hasta la última grieta de nuestra conducta y nuestro pensamiento. Haría equivalentes a la mentira y la verdad, fabricaría constantemente nuevas versiones del pasado, e impondría al presente incesantes cambios de rumbo. Con ello, desde luego, lograría insertarse en la eternidad por la abolición del futuro. Efectivamente, al no haber pasado ni presente ciertos, nada se puede esperar del mañana.





La esperanza es lo último que se pierde

na; aparte de que cuando la mentira y la verdad son indistinguibles, también son indistinguibles el tiempo y la eternidad.

Ya en 1983 ha empezado a aparecer el previsible rosario de referencias acerca de la novela, en las revistas de variedades y en las secciones dominicales de cultura, en los diarios. Su número aumentará al acercarse diciembre, llegando al paroxismo en enero del año fatídico. Y los huesos de Orwell se revolverán en su tumba cada vez que los inevitables artículos aborden su inevitable trabajo. Se preguntarán cuánto se ha cumplido de la profecía orwelliana; en cuál medida acertó y en cuál falló; qué artefacto actual se asemeja más a la infernal telepantalla; cuál de los dictadores totalitarios es más parecido al pesadillesco Gran Hermano.

Pero 1984 no era una profecía. Era una pura y simple descripción de lo que había en 1949, por medio de una inmensa metáfora fantástica. Lo que había, y sigue habiendo, es justamente el opuesto diametral de la democracia. Tiene una denominación muy conocida, aunque un tanto molesta. Se llama fascismo.

Más de uno respirará aliviado en 1984, porque la "profecía" no se ha cumplido. Son los mismos que respiraron aliviados en 1945, porque con la muerte de Hitler y de Mussolini el mundo quedaba a salvo del horror fascista. Esa ingenuidad no es gratuita; representa el triunfo del fascismo, cuyo objetivo fue siempre la estupidización y el encguecimiento de las masas, de modo que las personas se crean a salvo de él.

Ha logrado que no lo vean. Que

no vean el rostro del Dr. Goebbels asomando detrás de las campañas publicitarias que les dan a escoger libremente (ah, la libertad, la libertad, siempre la libertad) entre dos refrescos iguales (coca-coba y pepsi-coba), dos cigarrillos iguales o dos carros iguales, sólo diferentes por la etiqueta. O prefiriendo la margarina a la mantequilla, o viceversa, porque "no tiene más calorías". Que no vean a Himmler o a Goering en los "operativos" de pacificación de regiones levantiscas del globo, como Polonia, Afganistán, el Líbano o Centroamérica. Y que no vean a Hitler o a Mussolini detrás de Reagan, Castro, Pinochet, Andropov, o uno de tantos jefecitos tropicales, de falso aspecto campechano y obesamente paternalista, en un país caribeño cualquiera.

No hay que irse muy lejos para percibir el fascismo; basta con mirar alrededor de uno, aquí en Venezuela. Ni hay que buscarlo en los atropellos espectaculares, como la matanza de Cantaura, los expedientes de periodistas elaborados por la DISIP, o el allanamiento de la Fiscalía General. Basta y sobra con el fascismo cotidiano de las redadas y cacheos en las zonas marginales; de la burla y el chiste ante las quejas populares por el desastre nacional; del vejamen en todos y cada uno de los millones de controles y de colas en donde funcionarios insultantes, despóticos y corruptos humillan y piden mordidas a los ciudadanos, intimidándolos mediante el ejercicio del terror.

Por eso, ¿qué podemos hacer sino soñar con la democracia? No es preciso aferrarnos a ese sueño en cualquiera de sus formas, remitidas al pasado, al presente o al futuro. A todos nos es imprescindible el aire, pero a ninguno con más

fuerza que al que se está asfixiando. Así, a todos nos es imprescindible la democracia, pero a ninguno como a los de esta época fascista, que nos ahogamos en el océano antidemocrático, y a quienes la democracia nos es imposible.

LO ULTIMO QUE SE PIERDE: LA ESPERANZA

Estas páginas deshilvanadas no pueden terminar sin abordar un tema final. Más de uno habrá pensado al leerlas, con asco: "Este tipo en el fondo es un fascista, porque tras su máscara de democratismo llorón lo que está diciendo es que hay que resignarse, porque la democracia es imposible". Pero no. La democracia es imposible ahora. Nuestra tarea, la de los hombres y mujeres de hoy, es hacerla posible mañana. Y no sabemos si nuestro esfuerzo terminará en éxito o en fracaso, lo cual hace a nuestro compromiso más firme, pues entonces tenemos que emplear todas nuestras fuerzas.

Precisamente por todo lo dicho es que la democracia se vuelve imprescindible como sueño, y como objetivo a alcanzar. Nada justifica la salida derrotista según la cual no se puede luchar contra la idiotización masificada, las computadoras y las bombas atómicas al servicio de la antidemocracia. Pero nada justifica tampoco el triunfalismo bobalicón según el cual el hombre siempre logra la libertad, y la luz de la verdad resplandece al final. Al contrario: el hombre casi siempre ha sido vuelto añicos, y la mentira casi nunca es venedida por la verdad. Pero por las escasísimas veces en que sí ha ocurrido, vale la pena mantener el sueño del futuro, y se hace necesario continuar en la lucha.

